

LA MEXICANA FRANCISCA AGÜERO, ESPOSA DE PRIM

J. M. MIQUEL I VERGES

UNO DE LOS MÁS VENTAJOSOS aspectos de la vida del general Prim es el de haber muerto antes de su fracaso. Así cobró su figura el gran relieve que únicamente puede troquelar la decepción, sin el desengaño; decepción del pueblo español que veía en él la garantía de una seguridad futura. El futuro, no obstante, reservaba a los españoles la abdicación de Amadeo de Saboya, del rey que Prim trajo a España, y esto cuando el caudillo había desaparecido ya de la escena política por los trabucazos de la calle del Turco. Pero suponiendo su existencia, es dudoso que Prim hubiese triunfado con su flamante rey, a excepción que hubiese ejercido un tipo de dictadura personal. A esto se hubiese opuesto Amadeo, modelo de liberal ochocentista, romántico de la política e idealista de las doctrinas democráticas, plasmadas en una constitución, de las tantas que ha habido en España.

En toda la vida del general Prim, o, por mejor decir, en la mayor parte de sus trascendentales decisiones, el abismo festonea sus pies, ávido de tragárselo; él mantiene el equilibrio y alcanza repetidamente el éxito, un éxito que a copia de sucederse convertirá a un oscuro soldado en Conde de Reus, Marqués de los Castillejos, Vizconde del Bruch y Grande de España. Lo de México fue su acierto más grande, y a ello debió contribuir, sin lugar a duda, su esposa, Francisca Agüero González, mexicana a quien había conocido en una de sus múltiples estancias en París, en aquel París del Segundo Imperio, deslumbrador por la fastuosidad de la Corte y caricaturesco por el tono de una nobleza sin raíces. No es extraño que Prim, también advenedizo con su título de Conde de Reus, se encontrara cómodo en la incomodidad aparatosa de lo cursi.

Pocas noticias hay de esta familia mexicana que enlazó

con el hombre más popular de España a últimos del siglo XIX. Sabemos que un tío de la esposa de Prim, González Echevarría, era ministro de Hacienda del gabinete de Juárez, y conocemos el nombre de pila y el apellido de la madre, Antonia González, que vivía casi siempre en París, incluso cuando su yerno era figura relevante en la agitada vida política española. Ha habido investigadores en la Península, especialmente catalanes, que después de encontrar en múltiples casas particulares cartas y documentos que hacen referencia al general, guardados de padres a hijos, preguntan a los historiadores mexicanos qué han encontrado del general en México, e insisten en pensar —especialmente el último biógrafo de Prim, Olivar i Bertrand— que sería interesantísimo el hallazgo de cartas de Prim o de su esposa a los familiares de México, a fin de llegar a la verdad del pequeño detalle de la historia que a veces queda velado en la documentación oficial.

Ha habido, no obstante, quien ha leído cartas de Prim escritas en México y dirigidas a su tío González Echevarría; se conoce otra dirigida en 1867 a Juárez, desde Bruselas, de la que ya hablaremos. Francisco de Orellana, uno de los primeros biógrafos de Prim y con la enorme ventaja sobre otros de haberlo conocido personalmente, transcribe una de ellas en su obra; es una de las que mandó a su tío González Echevarría, carta afectuosa y casi podríamos decir afectada. Al ministro de Relaciones Doblado, también del gabinete de Juárez, le escribe asimismo como muestra de consideración personal y al margen de las largas notas oficiales. Ésta sí la he leído y creo haberla transcrito en mi libro *El General Prim en España y en México*. Las demás, que debieron existir indudablemente, se han perdido o por lo menos no se hallan por el momento; que existieron lo evidencia no sólo el gusto del General por la misiva, sino la presencia de la esposa y el hijo de Prim en territorio mexicano cuando la expedición.

Ella, es probable, debió escribir también a su tío, a sus parientes, a sus amigos, mayormente cuando llegó a su patria con ilusiones de reenlazar afectos, ilusiones perdidas a través del matiz grave e insensato que dieron los ejércitos franceses a la expedición tripartita. Además, había una razón poderosísima, al margen de la política, del sentimiento familiar y

del buen o mal gobierno de Juárez, para que Prim y su esposa trabaran correspondencia con sus parientes mexicanos residentes en la capital: Prim estaba arruinado, y no solamente arruinado, sino con deudas de más de doscientos mil duros, cantidad fabulosa en aquellas fechas. Él mismo lo dice a su madre a fines de 1861, es decir, cuando ya la cuestión mexicana era hecho palpitante y él había pedido la dirección de las fuerzas españolas que habían de acudir a México.

La carta a que hacemos referencia resulta en extremo interesante, y de ella podemos sacar detalles desconocidos por la historia, seguramente guardados por Prim y que estudios recientes ponen al descubierto. Éste es el tributo amargo que pagan a la posteridad los hombres célebres, pues al lado de las facetas halagadoras, de homenajes y monumentos, la investigación revive lo privado y casi íntimo. La carta en que expone a su madre su estado económico, termina con estas palabras: "Veré lo que pasa en México, y como pueda le mandaré a usted las mil libras. La quiere a usted y la abraza con amor su Juan". La esperanza de Prim en aquel momento es México, el México que él debía conocer bien a través de su esposa y de las informaciones de su suegra, hermana del Ministro de Hacienda. Sería muy interesante conocer las cartas de Prim a sus familiares de México en aquellos días; ellas nos darían aspectos nuevos de su pensamiento, interesantes por lo que tienen de desconocidos.

Cuando llega a Veracruz, con fecha 1º de enero de 1862, escribe a su madre:

Las gentes de esta tierra se van tranquilizando y poco a poco vuelven a sus casas. En el mercado, que estaba completamente abandonado, tanto que un huevo valía una peseta, ya se encuentra de todo.

He salido ya a colocar tropas a cuatro y cinco leguas de distancia y no hubo novedad. Ayer mandamos a unos oficiales a México, portadores de un escrito al gobierno, y como él está más suave, digno y amical, es de esperar que contestarán en el mismo tono y que todo se arreglará amistosamente.

Paca y el muchachito quedaron en La Habana esperando que les llame para ir a México, lo que deseo sea pronto.

Si así hablaba a su madre, cabe pensar lo que escri-

biría a México, a sus familiares. Hay en esta carta un detalle interesantísimo para descubrir el pensamiento de Prim. Ya antes de los "Preliminares de la Soledad", mucho antes de la Conferencia de Orizaba, en la cual rompió con los representantes del Emperador de Francia y tomó para sí solo la responsabilidad de reembarcar las tropas españolas, su íntimo deseo era llegar a una inteligencia con Juárez; si no fuera así, no se comprendería que hubiese llevado consigo a su esposa y a su hijo, el Vizconde del Bruch. Claro que los dejó en La Habana, pero su presencia en la isla antillana, y la ilusión que expresa Prim de que puedan ir pronto a México, ya implica un designio. No fallará como soldado, no faltará en él la perspicaz observación política sobre la aventura desventurada de llevar a México al príncipe Maximiliano (no quiero tampoco quitar el menor brillo a su gesto magnífico), pero los hombres por ser hombres se sienten impulsados, aun inconscientemente, por sentimientos e intereses, valiosos coadyuvantes a veces —como en el caso que vamos estudiando— de la justicia y la razón.

En Prim, y está muy claro en las dos cartas sintetizadas, el impulso político, razonado y por demás justo, es cimentado, o por lo menos ayudado, por un sentimiento y un interés. El sentimiento es el de llevar a su esposa a su patria y presentar a sus familiares al primogénito, el interés el de rehacer su fortuna con el capital de su esposa colocado en México. La influencia de la esposa no es un pensamiento gratuito; al cabo de un mes y seis días, desde Veracruz mismo, vuelve a escribir a su madre:

Sigo sin novedad y esperando a Paca y al chico, que deberán llegar aquí dentro de cinco o seis días. La pobrecilla estaba muy fastidiada en La Habana, pues es muy natural su impaciencia de estar conmigo y venir a su país, adonde tiene una porción de parientes que, desde la capital, la llaman a voces.

Estas voces, eran cartas. ¿Dónde estarán? Ellas darían la confirmación o la negación de lo expuesto.

Llegan por fin Francisca y el Vizconde del Bruch. Por el *Diario de Sucesos Notables*, de José Ramón Malo, sabemos que arribaron en el vapor "Isabel la Católica" el 14 de mar-

zo de 1862 y que la plaza hizo una salva, hubo música y se le puso guardia de honor. Los incidentes, sin embargo, se suceden unos a otros; el pensamiento francés no tiene nada que ver con la Convención de Londres; es simplemente entronizar en México a Maximiliano, al margen de todo derecho y de los Preliminares de la Soledad, tratado inspirado por Prim y en el cual habían puesto sus firmas los representantes franceses. Prim no descansa; con su acostumbrado dinamismo y con una serenidad que explica muchos de sus éxitos, discute con los ingleses y les convence de la insensatez del proyecto, se acara a los franceses y les reprocha su proceder, escribe a Napoleón III señalándole, respetuosamente, el riesgo del camino emprendido por él y, clarividente, le pronostica el desastre de las armas francesas. Enlaza contactos con los ministros de Juárez, Doblado, de Relaciones, y González Echevarría, de Hacienda.

¿De dónde le venía a Prim el conocimiento preciso y exacto del alma mexicana? No vayamos a creer en la intuición, recurso socorrido por los perezosos del análisis; vale más dar su merecido de influencia a esta mujer mexicana casi desconocida por la historia, dulce y joven, sumisa a la voluntad del hombre fuerte, asustadiza siempre de la audacia y valor de su marido: Francisca Agüero González. Pongamos, pues, un poco de atención en ella por sí a través de su feminidad podemos llegar a visiones nuevas, o por lo menos a intimidades, de ese extraordinario personaje que fue Juan Prim. Pero no entremos en los intentos para conocerla sin decir —corolario a lo expuesto anteriormente— que lo de México fue un desengaño, una ilusión perdida en tierra caliente, una esperanza desvanecida en el juego complicado y para ella incomprendible de la política internacional; a tanto llegó la decepción, que arrancó de Francisca un grito desesperado de renuncia, fruto sin duda de la cólera, al ver perdido un pensamiento largo tiempo ya acariciado y al fin de cuentas desvanecido. En una misiva a la madre de Prim, le decía:

Como verá usted por la carta de mi marido, el veinticinco de este [14 de mayo de 1862] nos embarcamos a Nueva York y de allí a Inglaterra, y Juan irá a Madrid, y yo con el chico me quedaré en París hasta el mes de septiembre, que me iré a Madrid. Dios

nos lleve con bien y nos acabe de sacar de estas tierras donde nos ha ido tan mal, y que no volvamos nunca por aquí...

No puede haber expresión más elocuente de su desengaño, ya que no sólo expresa el desvanecimiento de un sueño, sino la renuncia a una aspiración futura. Y se cumplirá el deseo: Francisca Agüero, que yo sepa, no regresará jamás a México, a la tierra de sus padres; pero a pesar de ello, algo se llevará de México, como si la patria ofreciera generosamente dádivas a cambio de ofensas. En el corto tiempo que permanece en su tierra, Prim escucha de ella la revelación de que va a ser madre, y el general comunica desde México a España la nueva con el orgullo del que se sabe principio y no fin de un apellido. Esta emoción grata, mayormente grata porque en París había muerto apenas recién nacido el segundo hijo del matrimonio, se embarcará con ellos de la América que quieren olvidar. Tiempo después nacerá una niña y la tendrá en sus brazos, en la capilla del Palacio, la reina de España, su madrina, quien elegirá para ella su propio nombre: Isabel.

EL PRIMER CONTACTO DE PRIM con la jovencita mexicana que había de ser su esposa fue en París, probablemente en 1852; la primera carta en que el General nos habla de estos amores lleva fecha del 8 de mayo y va dirigida a un íntimo amigo de Reus, su ciudad natal. Tiene entonces la futura esposa de Prim diecisiete años y vive en un ambiente de lujo, de comodidades, en el cual destaca su madre, doña Antonia González, joven aún y atrayente, ataviada con ricos vestidos, magníficas joyas, con relaciones entre la aristocracia que formará pronto la comparsa del Segundo Imperio, y notabilidades artísticas y literarias que reúne en las fiestas que da en su casa de Rue d'Astorg, agonía de las que en los comienzos del siglo juntaban a las figuras del romanticismo francés, tan dadas a las expansiones sentimentales. Doña Antonia debió llevar consigo desde México el gusto por las reuniones, herencia de la plácida vida colonial y proseguido entre las familias criollas con el nombre de tertulias, de las cuales quedan recuerdos y, de entre ellos, el de las no por cierto inofensivas que se celebraban en casa del Marqués de Rayas.

A las reuniones de la casa de Rue d'Astorg asiste Prim, el conde de Reus, el militar ambicioso, pero este último aspecto constituye el obstáculo máximo para su triunfo; "la niña—como la llama Prim en una carta de aquellas fechas— dice que sí y me lo repite cada día con más amorosa resolución"; el valladar está en doña Antonia, a quien, por lo visto, no deslumbran los títulos nobiliarios y ha tomado a pechos desbaratar estos amores. La carrera del pretendiente de su hija la asusta, y con razón; Prim, seguramente, ha exhibido títulos de valentía, ha mencionado con ingenuidad las hazañas de su guerra carlista, ha hablado de su sublevación en Reus y de su riesgo personal en el movimiento que siguió a aquella, conocido por "La Jamancia", en Barcelona, y en donde lanzó la famosa frase "O faixa o caixa"; sin darse cuenta, ha sido imprudente, pues doña Antonia conoce muy bien adónde van a parar los que sienten dentro de sí aquel espíritu de bulla. Hace tan sólo treinta años un gran ambicioso, en su patria, cayó fusilado en Padilla después de haber ceñido la corona imperial, y otro inquieto, con títulos de insurgencia acrisolada, Vicente Guerrero, salpicó con su sangre la tierra que había contribuido a redimir; sabe que en el extranjero se consumen de añoranza muchos de los militares que fueron estrella fulgurante en el México tornadizo de los años de adolescencia de doña Antonia; y a las pretensiones de Prim mueve negativamente la cabeza y habla y perora, vuelve a hablar y a perorar a la niña que, a pesar de todo, resiste a su madre y escucha complacida la voz amorosa del conde de Reus. Él está al corriente de la resistencia de la madre que, de tan insistente, le hace exclamar en carta a un amigo de Reus, frase que implica la deformación que las armas han impuesto a sus maneras: "Voy a tomar la plaza por asalto".

Pero el amor no es la guerra, ni el reducto de doña Antonia tan fácil de vencer como el de los carlistas. Además, Prim equivoca la táctica y va, por añadidura, con armas inadecuadas para esta lucha. La ojeriza se hace recíproca y Prim no parece muy interesado en captarse la simpatía de doña Antonia, quien tal vez, como muchas madres, tiene ya un escogido para su hija. Hace pensar esto la decisión de Prim de permanecer en París a pesar de que en España va cuajando un

movimiento revolucionario que él ha contribuido a fomentar. Ante la extrañeza de los que piensan que Prim deserta, él asegura que, como buen soldado, no ha faltado nunca el día decisivo al lugar de peligro, y que estará en Madrid en el momento oportuno, aunque “estando fuera —exclama inquieto— sabe Dios lo que pueden hacer de mi niña”. Está claro que doña Antonia tiene también sus planes, y como en la lid del amor no hay ciertamente otra arma que el amor mismo, es posible que exista otro galán, mimado por doña Antonia. Por eso vemos al conde de Reus asustadizo, sensación extraña para quien no conoció jamás el temor físico y despreció en demasía, como viene a demostrarlo su muerte, la preocupación ante el acoso.

¿Por qué esta resistencia de doña Antonia? Prim nos da una explicación demasiado simplista. La “mamá suegra”, como él la llama, “no le acomoda”. Lo que nos interesa es el porqué, y quizá lo encontremos en el ambiente mexicano.

Francisca es hija única y millonaria; del padre no se habla; hemos de suponerlo muerto o, cosa improbable, separado de doña Antonia. Esta familia pudiente mexicana será, por razón de su clase, conservadora y, por añadidura, extremadamente religiosa. Prim aparece ante sus ojos —y lo era efectivamente, aunque la distancia y la evolución ideológica nos deforme el panorama— un revolucionario; además, no es religioso ni practicante, y esto asusta doblemente a doña Antonia, conservadora como vienen a pregonarlo sus parientes, residentes también en París y a quienes reúne, en sus tertulias, con las amistades de la aristocracia francesa; y religiosa por detalles que el mismo Prim nos revela con posterioridad.

El escéptico, no obstante, tiene un gesto de complacencia —y tendrá muchos trasparentados en sus cartas íntimas— hacia su prometida: pide a un amigo de Reus que mande a Francisca “nuestra Virgen”. Este “nuestra” revela que se trata de una estampa de la Virgen de la Misericordia de Reus, aparecida en el siglo xvi a la niña Isabel Besora y en cuyo lugar se elevó un santuario renacentista.

NO HA PASADO UN AÑO, y todo se ha desvanecido. La niña “ha salido con la ridícula exigencia —escribe a su madre—

de que había yo de renunciar a mis ideas políticas". Claro que esta condición es sugerida por doña Antonia, pero el hecho de aceptarla Francisca evidencia en ella una característica de su personalidad. Es débil y, además, resignada, sin ansias de lucha. Su debilidad ya la ha observado Prim y la destaca a su madre en ocasión de explicarle la ruptura. Los hijos, especialmente el primogénito, el Vizconde del Bruch y Duque de Prim, heredarán de su madre este conformismo que ya vemos en los años mozos de Francisca y que constituye sorprendente contraste con el temperamento del Conde de Reus. La conducta de su prometida la considera el novio consecuencia de la educación americana, concretada en la expresión "no me importa", frecuente en los labios de Francisca ante los argumentos y consideraciones del galán, constante, durante un mes, en una lucha inútil, en un "asalto" por medio del convencimiento.

El golpe ha sido muy duro para Prim, quien no deja de expansionarse con sus amigos de Reus: "... me he despedido deseándole que Dios la perdone, como yo le perdono el daño que me ha hecho". La carta es de 1853 y Prim tiene 39 años. Para curarse de este recuerdo, del que no quiere que ni rastro quede, devuelve cartas y joyas de ella recibidas; ruega a su madre mande las dos cartas que la niña le había escrito y, con gesto muy suyo, "como necesita ancho campo" —son sus palabras—, solicita del gobierno ir a Oriente como observador en la guerra que presiente entre Rusia y Turquía. Ancho campo no le falta para olvidar a su novia que, de paso, brinda al gobierno una oportunidad ni soñada para alejar de España al general peligroso. De mil amores, Ler-sundi, que es entonces Presidente del Consejo, facilita a Prim los medios: auxiliares militares y una escolta personal de doce voluntarios catalanes.

En 1854 está de vuelta en Francia; quiere ir a Madrid, pero el gobierno le ordena telegráficamente permanecer en Francia, cosa que nos pregona su interés en mantenerlo a distancia, mayormente cuando sabemos que en aquel año es presidente del Consejo el Conde de San Luis, quien, no estando todavía tranquilo de saberlo en Francia, le comunica que, de reanudarse la lucha, volverá a Oriente.

¿Qué hace Prim en París? Como siempre, y más ahora que no tiene comisión alguna, gasta más de lo debido, con el rumbo habitual de gran señor; paga deudas que ha contraído su madre, se prepara para el nuevo viaje a Oriente, manda a Barcelona a su ayudante de campo, comandante Agustín Pita del Corro, en busca de una docena de mozos de escuadra que desea llevar consigo a Turquía, asiste a recepciones del mundo político francés y a los bailes que da Napoleón III, se siente orgulloso de conocer el gesto de la reina que le regala para su uso el mejor caballo andaluz de sus caballerizas y, aunque él no lo dice en sus cartas, traba nuevamente contacto con la señorita mexicana. Hemos de creer ya un poco debilitada la resistencia materna ante la categoría que va adquiriendo el conde advenedizo ante la Corte de Francia. Lo distingue personalmente el príncipe Napoleón, con quien partirá en su segundo viaje. Además, habrá explicado la audiencia que le concedió el sultán en Constantinopla, la magnificencia de aquella corte, la impresión que produjo su discurso, la atención que la prensa dispensó a su persona, y el regalo de Omer Pachá, consistente en dos caballos árabes.

Sabemos el detalle que enlaza nuevamente las relaciones con Francisca por una carta que un amigo de la familia, Fernando Guerrero, escribe a la madre de Prim. Él, no obstante, ni una palabra dice de ello ni a su madre ni a ningún amigo de Cataluña; por lo visto no quiere arriesgarse a que alguien lo juzgue débil, mayormente después de haber escrito a raíz de la ruptura de sus relaciones a un amigo de su ciudad natal: "La acción ha sido mala, y he tenido intenciones de hacérsela sentir de una manera terrible." Guerrero, a quien no afectan tales miramientos, escribe:

Mucho he tardado en cumplir el encargo que usted me dio antes de mi salida de ésta, pero ha sido porque quería aguardar antes de escribirla para ver si nuestro Juan me abría su corazón con respecto a la americana, mas por más chinitas que le he echado en varias ocasiones, y entre ellas después del primer baile a que fui con él de la Corte, en el que estaba Paca, que habló unas cuantas palabras con Juan, este ingrato se ha mantenido reservado conmigo, y lo he sentido, porque la confianza en mí es lo que yo más agradezco. Yo debo decir a usted que, por más que él me haya contestado a las pocas preguntas que le hecho que todo

se hallaba en el mismo estado de ruptura en que quedó antes de su primer viaje a Oriente, yo opino, por lo poco que he visto, que Paca o no se casa nunca o se casa con Juan. Él ha hecho hacer un retratito suyo en miniatura, que ha debido ir a parar a Paca en un medallón, si no se lo ha mandado a usted, como él ha querido hacerme creer. Puede ser que la reserva tan grande conmigo le haya sido recomendada por Paca, y en tal caso no se la reconvengo...

Es de suponer que la madre de Prim, a quien no había llegado el medallón, sonriera y pensara en la inutilidad de cualquier esfuerzo de su hijo para deshacerse de la red de aquel amor constante que había resistido a la distracción de Oriente y a las emociones de una guerra. Es, pues, casi seguro que al emprender Prim su segundo viaje ya tiene reanudadas sus relaciones con Francisca Agüero.

En agosto está de nuevo en París, después de haber sabido, en Turquía, el movimiento rebelde de Espartero y O'Donnell contra el Conde de San Luis y en el que intervino, también, un joven abogado, en aquel momento mirado casi con condescendencia por los "espadones", llamado Antonio Cánovas del Castillo. Ya con autorización del gobierno, y lamentando haber estado ausente en la sublevación, la gran oportunidad para su carrera, regresa a Madrid en el mes de septiembre, con toda seguridad no sin antes haber vuelto a insistir con su amada, quizá a hurtadillas de doña Antonia.

En la capital de España cae enfermo, y después de algunos disgustos políticos que empañan la atención a su persona dispensada en Palacio y en embajadas por su actuación en Oriente, marcha a París el 20 de marzo de 1855, impulsado, entre otras cosas, "por una que pronto podré decir a usted", escribe a su madre, quien, sin que Prim lo sepa, ya tiene vagas noticias por Guerrero de sus reemprendidas relaciones. El silencio que el Conde de Reus se impuso y su decisión en romperlo implica una correspondencia de Francisca con él durante su estancia en Madrid. De estas cartas no se ha encontrado ninguna.

La noticia estaba tan sazónada, que siete días más tarde, con carácter reservado, como en los despachos diplomáticos, escribe nuevamente a su madre, ya desde París, la grata nue-

va. Prim ha echado a olvido motivos viejos, rencores y diferencias; los que impidieron antes el proyecto "no son del momento"; en cambio, da detalles que en la otra oportunidad no comunicó a su madre:

Su familia es de las más distinguidas de México; no tiene, como yo, más que a su madre, y es hija única. Su edad veintidós años; bien educada, modesta, virtuosa, bonita, me quiere con todo su corazón y tiene más de un millón de duros, lo que no es despreciable, o mejor dicho, no puede ser obstáculo a la dicha que me prometo casándome con ella.

Esta carta es del 27 de marzo de 1855 y anuncia la boda para el mes de mayo siguiente, "si nada se atraviesa en el proyecto", escribe como en un presentimiento. Y el presentimiento se cumple: muere en México un familiar muy allegado a Francisca y se aplaza el enlace.

Empieza precisamente en esta oportunidad inadecuada, cuando nos lo hemos de imaginar entusiasmado y con la ilusión de sus relaciones con Francisca, la inquietud de unos raros viajes: de París a Vichy, de Vichy otra vez a París, de París a Panticosa, de Panticosa a Burdeos, de Burdeos otra vez a París, de París a Madrid, de Madrid a Almería, de Almería a Melilla, en donde tiene un encuentro guerrero con los moros; después a Granada con el cargo de capitán general, de Granada a Madrid, de Madrid a Pamplona y por último otra vez a París. Este itinerario, que he sacado de las fechas y noticias de las cartas a su madre, implica todo un carácter y la carencia de esta cualidad en Francisca. ¿Cómo se aviene la jovencita mexicana a esta separación constante en vísperas de la boda? Porque la inquietud del novio ha durado exactamente un año: el 27 de marzo de 1855 anuncia el enlace a su madre, y el 16 de marzo de 1856 llega nuevamente a París después del recorrido señalado. Es día de esperanzas al fin desvanecidas en la Corte, pues en esa fecha ciento y un cañonazos lanzados desde los Inválidos anuncian el nacimiento del príncipe imperial.

LA BODA SE FIJA para últimos de abril o primeros de mayo, ya que no hay obstáculo alguno "y la mamá de la niña está

conforme". Prim, que tiene muy en cuenta los obstáculos que se opusieron, en el primer período de sus relaciones, para llegar a un término feliz, ahora, en el segundo, los sortea hábilmente. Ya no ignora a doña Antonia y menos discute con ella en ansias de exhibición o de convencimiento; mañoso, intenta hacerse comprender, sin renunciar así a su orgullo, a través de su madre, y manda a ésta un borrador de la carta que ha de escribir a su futura nuera, en el cual, entre otras cosas, escribe Prim:

Mi Juan me tenía anunciado tan fausto acontecimiento, aunque de una manera vaga, y hoy me escribe participándomelo como un hecho positivo y próximo. Bien quisiera presenciar el acto solemne, pero no permitiendo mi avanzada edad el emprender tan largo viaje, yo os bendeciré desde aquí, hijos míos queridos, y el buen Dios y la Virgen de la Misericordia, oyendo mis frecuentes ruegos, os concederá una felicidad inmensa y jamás interrumpida.

No se olvida Prim de demostrar a su futura esposa la religiosidad de la familia, como lo pregona esta carta que doña Teresa Prats debió copiar y mandar oportunamente. En cambio, no ha puesto ni una sola palabra para doña Antonia; al darse cuenta de ello vuelve a comunicarse con su madre con el ruego de que escriba otra carta, pues él ya detendrá la anterior. Lo que ha de escribir su madre es simplemente "que ha estado indispuesta y ésta es la causa de haber tardado tantos días en contestar", y en el penúltimo párrafo pone: "Sírvasse usted, hija mía, saludar por mí a su señora mamá; ruéguela usted que quiera a mi Juan como a su hijo, en cambio de lo que yo querré a su Paquita".

Hay en todo esto más temor que respeto, y nos evidencia que Prim quería captarse las simpatías de doña Antonia quien, probablemente, había dado su consentimiento a regañadientes. Otro detalle de la carta es el de demostrarnos que no desea Prim que su madre vaya a París cuando la ceremonia, pues hace que se excuse "por su avanzada edad", cuando precisamente doña Teresa anda ilusionada para trasladarse a la capital del Segundo Imperio y conocer de cerca la alta sociedad de que le hablan los periódicos.

¿Por qué esta actitud de Prim, él que siente por su madre

una adoración que podría exhibirse como modelo filial de todos los tiempos? Quizás en esta misma su virtud encontremos la explicación de su proceder. Por adorar tanto a su madre no quiere humillarla ante los ojos de doña Antonia. Esta "mamá suegra", joven, ágil, elegante y mordaz, que reúne en su figura distinguida un gran conocimiento social y una mayor desenvoltura mundana, tiene atemorizado a Prim. Decididamente doña Teresa no irá a la boda. Mientras tanto, la prometida ha recibido la carta escrita por Prim, copiada por su madre, y doña Antonia contesta:

Muy señora mía y de mi aprecio:

Mi hija Francisca me ha mostrado sus finos renglones del nueve del presente, que he leído con el mayor gusto y gratitud, tanto por la parte que a ella concierne como por la que tiene relación conmigo. Ahora conozco que los informes que tenía de su excelente carácter y respetabilidad no eran exagerados, pues así lo manifiesta el contenido de su carta, en que todas las palabras que contiene son dictadas por los sentimientos más puros de su carácter.

El día 3 del próximo [abril] tendrá lugar la ceremonia religiosa que debe unir mi hija con el señor don Juan; mas en medio de la satisfacción que este suceso nos proporciona, confieso a usted, señora, que su presencia hubiera sido el complemento de aquélla, porque ciertamente no se conoce el precio de una cosa que cuando nos vemos privados de ella.

Acepto llena de gratitud la promesa que me hace usted de amar a mi hija, y por lo que a mí toca, le aseguro que haré otro tanto con su señor hijo don Juan, que por mil razones es acreedor de las mayores consideraciones.

Quiera el cielo que nuestros votos se cumplan colmando de bendiciones a nuestros hijos, y en el ínterin, señora, crea usted que tengo la mayor satisfacción en suscribirme de usted su verdadera amiga y servidora.

Antonia González de Agüero.

El ardid de Prim ha tenido éxito, pero esta carta, impregnada de la fina cortesía mexicana, no tiene sello de intimidación, ni lo tendrán tampoco las de la nuera a la madre de Prim, a quien conocerá Francisca ya muy avanzado el matrimonio. Este tono no se romperá nunca; entre los Agüero y los Prim, la relación impuesta por aquel matrimonio no implicará jamás amistad.

¿CÓMO ES FRANCISCA AGÜERO? En lo moral ya la conocemos un poco; añadiremos al esbozo cierto retraimiento en el hablar, índice de modestia. En cuanto a lo físico, un amigo de la familia que se trasladó de Barcelona a París para asistir a la boda, de nombre Mariano, escribe a la madre de Prim y le da detalles de su futura nuera; el primer contacto deja huella, y para que doña Teresa se forme una idea aproximada de la jovencita mexicana, le dice que tiene un tinte de tristeza en el rostro, que sus ojos son grandes “y la cabellera poblada y negra”. La madre de Prim vive con una sobrina muy querida de la familia, llamada Magdalena, y Mariano, para que doña Teresa encuentre en la comparación ayuda para imaginarse a Francisca, le dice que su futura nuera “es más baja y delgada que Madalena”, y promete que después de ir a comer en casa de la novia, donde está invitado, volverá a escribir para ampliar impresiones. Efectivamente, al día siguiente manda preciosas noticias que nos confirman la opinión sobre doña Antonia y sobre el rumbo de la familia. Mariano está impresionado, tanto que las primeras palabras que escribe no son para Francisca sino para doña Antonia, la cual, por lo visto, ha cautivado al forastero. La carta es elocuente:

Los concursantes no pasaban de veinticinco, entre cuyo número se contaban siete señoras. La madre política era la reina de la fiesta y estaba deslumbradora. Sencillo vestido de una especie de gasa color blanco, con flores encarnadas. Tres adornos del mismo color formaban otras tantas coronas alrededor de su cabeza. Llevaba unos pendientes más que regulares, cuajados de diamantes y brillantes. En el pecho una mariposa caprichosamente trabajada con brillantes, diamantes y esmeraldas. La niña llevaba un vestido de gasa igual al de la madre, pero con flores azules. Peinado delicado y sostenido por alfileres de oro, que asomaban por el fondo de unos huecos. En el pecho un prendido precioso, que brillaba desde lejos. Está loca con su Juan y siempre la vi caminando con éste brindis sordos, que tiene la etiqueta establecidos. . .

Al final escribe: “La mesa estaba magníficamente puesta. El servicio, esmeradísimo. Los más delicados vinos con el *champagne*. Los convidados se componían de parientes y notabilidades.” Hay, pues, parientes de los Agüero en París, y es



Doña Francisca Agüero de Prim.



Juanito Prim Agüero.



Isabelita Prim Agüero.



Busto de doña Francisca Agüero de Prim en el Museo Romántico de Madrid.

muy probable fueran los Bush, ya que uno de ellos, asistente a las fiestas de la Corte de Maximiliano en México, hablaba correctamente francés. Prim se había de interesar, años después, por estos familiares, gracias a lo cual conocemos el parentesco.

La boda se celebró el 4 de mayo de 1856; Prim tiene ya cuarenta y dos años, o sea, más o menos (según calculo) la edad de su suegra. La reina de España, Isabel II, mandó a la desposada, como regalo de boda, la banda de la Real Orden de Damas Nobles de María Luisa, con la cruz correspondiente y una flor de brillantes para sujetar la banda en el hombro derecho; fue portador de tal distinción Fernando Guerrero, que salió de Madrid encargado por la reina de ofrecer en su nombre el obsequio. A doña Antonia, el gesto de la Reina de España la llena de orgullo; por esto, al saber que la madre de Prim no asistirá a la boda, sugiere a su hija que se retrate "con el vestido blanco y la banda". Vemos así a doña Antonia por primera vez espontáneamente afectuosa con los Prim y recreándose en la impresión que producirá en su consuegra ver a su nuera tan dignamente ennoblecida por la Reina.

La unión religiosa se celebró en la iglesia de la Magdalena, con extraordinaria pompa, y a ella asistieron —según Fernando Guerrero— personas de la más alta categoría, así españolas como francesas. Lástima que Mariano, que tantos pormenores da de la recepción en casa de doña Antonia, no escriba; o quizá, cosa más probable, la carta se ha extraviado. Por ella hubiéramos sabido lo que nos es dado tan sólo imaginar, conociendo a Prim, tan amante del lujo y de la ostentación, y a doña Antonia, ambientada siempre en el refinamiento de costumbres y maneras. Testigos de boda fueron el embajador de España, Salustiano Olózaga, y el príncipe Napoleón.

Ya ha realizado Prim su sueño de amores. Sea por la edad o porque ha encontrado en el matrimonio la realización de un anhelo, para Prim el campo amoroso queda para siempre más circunscrito al que le brinda la mexicana Francisca Agüero, y ella recogerá, en el Palacio de Buenavista, su último quejido en el que habrá la gran impotencia de alcanzar un futuro

creado por él, para él, y renunciado ante el imperativo de la muerte.

No hay en el matrimonio de Prim luchas ni forcejeo por el dominio en la esfera conyugal, ni —sospechamos—, a no ser de doña Antonia, recriminaciones por sus gestos y hechos, harto inquietantes para aquella familia que es probable viva en París para alejarse de la pequeña inquietud política mexicana de aquellos tiempos. Francisca es discreta, humilde, callada y oscura ante el hombre fuerte. Ni en la economía familiar, ella, que es la dueña de los millones, interviene o sugiere. Por las cartas de Prim sabemos que él manda y dispone de los bienes de su esposa, la cual los ha entregado a ciegas al marido, con los resultados catastróficos —que ya conocemos— al cabo, exactamente, de tres años de casados.

En lo demás es también callada y sumisa: Prim, al poco tiempo de casado y ya en España, es detenido y condenado a seis meses de reclusión en el Alcázar de Toledo a causa de una carta que se hizo pública y en la cual el ya entonces teniente general (obtuvo el grado antes de su boda) condenaba el proceder del capitán general de Cataluña. Cabe imaginar la zozobra de doña Antonia al ver confirmados los temores en que se apoyaba para pensar que aquel Conde no era para su dócil y callada hija. Que doña Antonia se asusta lo demuestra el hecho de estar en aquella oportunidad, contra su costumbre, en España, al lado de su hija, a quien acompaña en sus visitas a la fortaleza. Prim les persuade que aquello no tiene importancia. Quizá no la tenía para él, pero ocho meses de casados eran muy poco para adaptar a la familia al ajeteo político que apenas se iniciaba. Esta vez, efectivamente, no tuvo importancia y Prim llegó de nuevo a París el 20 de junio. Francisca está embarazada y, cosa sorprendente, ha estado en España y no ha conocido todavía a la madre de Prim para quien, desde París, mandará cartas de afecto, cartas insustanciales si se quiere, pero que van dibujando a nuestros ojos la ternura y delicadeza de Francisca Agüero.

En los primeros días de enero de 1858 nace en París el primogénito; son sus padrinos doña Antonia “y un tío de Paca”, como escribe Prim a su madre. La familia Prim está ausente en el primer acontecimiento de la vida del Vizconde

del Bruch, como lo llamará siempre su padre, pues para él ha reservado el título. ¿Quién es este tío de Francisca que está en París? No sabemos si es Agüero o González, ya que Prim habla de él sin precisar nombre ni apellido; pero sin lugar a dudas era mexicano.

ENTRE SUS LUCHAS políticas, en medio de ansias de gobierno y destacándose más y más en el hervidero español de aquellos años de pasión, yendo y viniendo de Francia y en sus múltiples actividades, impropias ahora de reseñar, tiene Prim un deseo de orden espiritual insatisfecho y por lo mismo acrecentado. Hace quince años que no ha puesto los pies en Reus, su ciudad natal, y decide arriesgarse.

Los aplausos con que la población recibió a su hijo ennoblecido, se mezclaron con los silbidos. Aquella manifestación de adversidad asustó a Francisca Agüero; ella iba en el coche con el hijo en su regazo mientras una de sus manos apretaba fuertemente el brazo de Prim. Y preguntaba insistente con ojos atemorizados: “¡Juan, Juan! ¿Qué pasa?”

No pasó nada y, al fin, los aplausos dominaron a los silbidos, pero la pregunta persistirá en su mente a través de los pocos años de casados; la última vez que la formulará, en el Palacio de Buenavista, antes que la respuesta hablada habrá la de la sangre que se escurre por el cuerpo herido de Prim. Y allí, ante la trágica realidad, se detendrá la zozobra de cada día: Francisca Agüero irá a vivir a Francia, al lado de su madre, lejos del ambiente de inquietud, ansiosa de olvido, indiferente a la nobleza, desinteresada de la política y, al parecer, sin ansias para el esclarecimiento del crimen, huérfana asimismo de sentimientos de venganza. Sus respuestas a las cartas de pésame son tan extraordinariamente formularias, tan alejadas de pasión y de inconformismo, que es necesario conocer la historia del crimen para no avenirse a la idea de que aquel Juan Prim murió como tantos hombres, en un lecho tranquilo después de una enfermedad corriente.

Y es que Francisca Agüero, al lado de su abnegación y de la constante tarea de acompañar al hombre turbulento, tiene una característica, no sé si buena o mala para Prim —tampoco es el momento de juzgarla—, pero sí diáfana como

su renovado temor, nacida quizás de un presentimiento; esta característica es la de no compartir las inquietudes políticas del esposo, no comprendidas siquiera, me atrevería a afirmar, por aquella mexicana de vida parisiense. Francisca Agüero no comprende a Prim en esta faceta tan destacada de su vida inquieta; si lo hubiese comprendido no hubiera condicionado, cuando novios, su mano a la renuncia de los ideales políticos del galán, y no lo comprende porque no llega a imaginarse siquiera que lo que pide a Prim es un suicidio. Él, sin acción, sin lucha política, se hubiera consumido como una planta sin tierra.

A la inquietud ya señalada de la primera detención del esposo, sigue la de la guerra de África, y la expone claramente a la madre de Prim en una de sus cartas ingenuas: "Mucho me temo que si hay guerra manden a Prim, pues siempre él ha de estar en donde hay peligro". Lo que viene a decirnos que no ha confesado a su esposa que ha sido él quien ha solicitado ir a África, en donde han de morir tantos hombres, dignos de más justa gloria que aquella efímera que les brindó una España olvidadiza y casi histérica.

La apoteosis del recibimiento brindado a Prim a su regreso de África, parece resbalar en ella; desde Tarragona escribe a su suegra una carta de felicitación, pues el día siguiente, 15 de octubre de 1860, es el onomástico de doña Teresa y la carta no es más que esto: una felicitación. Prim, en cambio, rasga el papel en la misma hoja: "Desde que salimos de ésa que no ha pasado el estrépito. En todos los pueblos nos han recibido tres veces bien, y falta Reus, que será de seguro lo más gordo."

¡Qué contraste el de ese matrimonio! Virtud fue de Francisca Agüero la abnegación. Siguió sin sentir, se emocionó sin comprender. La vida plácida, hogareña, no la conocerá nunca; tan sólo al lado de su madre, en París, con sus hijos, pero en un hogar que no es hogar y mientras Prim, lejos, conspira, se subleva, se esconde, viaja, perora y persigue el poder, huidizo siempre, ella observa a su hijo y al verle jugar con sables y montado en caballo de cartón, no sonríe complacida; la ilusión de que se asemeje al padre no es en ella esperanza, sino temor.

¿Se habrá dado cuenta de ello el General? Hasta cierto punto, y al principio; así, cuando su primera detención de casado en el Alcázar de Toledo y después con residencia forzosa en Alicante, escribe que lo siente mucho por Francisca, muy asustada de lo que pueda ocurrir, pero para que nadie sospeche que es debilidad suya, afirma que él estaría cómodo dentro de un obús; también cede cuando su esposa está encinta, “y a consecuencia de esta novedad —escribe a su madre— creí deber prescindir de mi amor propio y pedir conmutación de pena con extrañamiento del reino, y me lo han concedido bajo esta forma, es decir que pueda ir a tomar los baños de Vichy, siempre en calidad de arrestado”.

En la cuestión religiosa también es complaciente con la familia mexicana, y encuentra una manera original, aunque un poco infantil, de explicar, sin que aquello represente una condescendencia, sus sentimientos. Así escribe a su madre un borrador de carta que ella ha de copiar y mandar a su nuera, y que efectivamente copia doña Teresa y recibe Francisca Agüero. La carta, entre otras cosas, dice:

Juan me ha dicho más de una vez que es usted muy devota, hija mía, y esto me ha gustado mucho; pues siendo así tengo la esperanza de que mi hijo llegue un día a creer, como yo creo, en los santos misterios de la religión, que es lo único que le falta para ser el mejor de los mortales. Él cree, sí, en Dios, cree en su poder inmenso e infinito, pero sobre los demás puntos de la fe tiene tales ideas, que si no las cambiara temería por su alma.

Esta carta no revela cinismo, sino bondad y ansias de ser convencido, ya que a continuación se lee: “Como él leerá esta carta antes que usted, se reirá mucho, pero no importa; yo quiero que usted sepa que su alma está en peligro, para que usted haga lo posible para convertirle.” Cabe imaginarse a Prim escuchando los argumentos de su esposa, dejándose llevar, complacido, por la mansa corriente filosófica casera en la que le plugo meterse.

Pero esta carta es del año mismo de casados. ¡Tanta ingenuidad no podía partir de otra fecha! Años después se habrá oscurecido tal ternura; entonces se acrecienta la decisión, se lucha a brazo partido, se entabla alianza con los demócratas,

y Prim emularía a Fausto si en la política cupiera la dimensión poética, a fin de destronar a Isabel II. Son los tiempos de conspiración constante y de pronunciamientos consecutivos, de cuartelazos, de marchas y contramarchas pasando y repasando fronteras, de ilusiones caídas en el incumplimiento de palabras y renacidas en la fiebre de la pasión una y cien veces, mientras pesa sobre él la condena a muerte, el ostracismo y el estigma de traidor.

Cabe imaginarse a doña Antonia, no sumisa como su hija, ni con los deberes de esposa, en el transcurso de aquellos años; el Conde que solicitó un día la mano de su hija, el Grande de España, ha resbalado por la pendiente revolucionaria hasta el extremo de actuar contra el trono, contra la reina que ennobleció a Francisca con la banda de Damas Nobles de María Luisa; y estaría más que indignada pregonando, quizá, viejas razones.

Francisca ha de acogerse con sus hijos en Rue d'Astorg, en donde sigue viviendo doña Antonia, mientras Prim, disfrazado unas veces, escondido otras en un barco, exponiendo siempre su vida, no ceja en sus propósitos una y más veces fallidos. Entonces, ya en calidad de exiliado, está en Portugal, en Francia, en Inglaterra, en Italia, en Bélgica, mientras Francisca, indiferente a los impulsos que han hecho de su marido un proscrito, lo acompaña algunas veces, especialmente cuando hay períodos de calma, siempre cortos y fugaces para la esposa asustadiza, que incluso ha de sentir la humillación de verse expulsada de Portugal en 1866 y más tarde de Bélgica, ya que su marido no es persona grata ni al gobierno lusitano ni al de Bruselas. Prim entonces se va a Londres y ni sabe dónde parará, ya que además está arruinado y no deja de pedir fondos a los que desde España recaudan dinero para los refugiados y en favor de la "santa causa", como él llama a su empresa revolucionaria. El apellido de su esposa sirve también de enlace entre los simpatizadores de la Península y los refugiados. La dirección que da es esta: Madame Agüero. 24 Rue de Penthièvre. París. Esta vida de conspirador, necesariamente desordenada y por demás incierta, debió colmar el vaso de la paciencia de doña Antonia, ya que desde entonces no encontramos, ni cuando Prim es el amo de España

—prueba del orgullo de ambos—, relación alguna entre suegra y yerno.

ANTE LA AGITACIÓN e incertidumbre de aquellos días, Prim no se olvida de México y sigue con interés los progresos de las fuerzas liberales y el descenso rápido de Maximiliano, abandonado al fin por el Emperador de Francia, que precisamente en aquellos días, y presintiendo quizá el gran destino de Prim, se muestra más considerado con él.

Desde Bruselas, el Conde de Reus manda la siguiente carta al hombre constante de México. La fecha nos dice que es de la época de la incertidumbre de Prim, quien es posible encontrara, en el ejemplo de Juárez, estímulos nuevos para no desfallecer. La carta dice así:

Excmo. Sr. Dn. Benito Juárez, presidente de la República de México.

Bruselas 19-67, abril.

Ilustre y respetable señor mío:

Hace unas semanas tuve el honor de dirigir a usted mi más sincera felicitación por el triunfo de la causa de la nacionalidad mexicana que usted tan dignamente simboliza. Este triunfo no es dudoso ya, y a estas horas la bandera de los buenos debe tremolar en la capital de la valerosa República Mexicana.

Posteriormente he visto que algunos correos habían sido interceptados, y temiendo que aquella mi carta no haya llegado a manos de usted, la repito hoy con el mismo fin, el de repetir a usted cuánta es mi satisfacción por el triunfo de los liberales, así como el de asegurarle la admiración de la Europa liberal al ver un pueblo que parecía extenuado por tantos años de guerra civil, y que sin embargo, hace frente a un numeroso ejército francés y lucha un día y otro día hasta arrojar al extranjero del suelo patrio, reconquistando así la independencia nacional y sus libertades tan terriblemente amenazadas.

Cumplido el objeto primordial de esta carta, permítame usted que le dirija una súplica, y ella consiste en que se digne usted mirar con benevolencia a los Sres. D. Miguel Bush, a su hijo D. Francisco, y demás miembros de la familia de mi buena esposa, probos y leales administradores de los intereses que la Condesa de Reus y su señora madre poseen en ese país.

Queda de usted con distinguida consideración su afmo. servidor
Q. B. S. M.

Juan Prim.

Esta carta, conservada en el archivo particular de Pablo Prida Santacilia, uno de los descendientes de Juárez, nos dice, además de la atención con que Prim seguía el desarrollo del drama mexicano, una correspondencia con México, quizá no interrumpida desde 1861, no sólo con los liberales, sino también con los familiares de su esposa. Que seguía el curso de los acontecimientos lo evidencian las primeras palabras de la carta. Efectivamente, el 15 de junio, un mes y días después de escribir Prim a Juárez, "la bandera de los buenos" ondeaba en el Palacio Nacional de México. Que existía correspondencia lo dice también la misma carta al recordar al Presidente que hacía unas semanas le había mandado una felicitación "por el triunfo de la causa de la nacionalidad mexicana". La relación con la familia de su esposa es también transparente en la carta; en ella pide benevolencia para los Bush y basta hurgar un poco en el efímero reinado del descendiente de Carlos V, sacrificado en México, para saber que los Bush figuraron en la corte de Maximiliano. Como el Emperador no conocía, al principio, a las personas que había de sentar en su mesa, se le daba una información confidencial sobre ellas; una de estas informaciones rezaba:

Francisco Bush, Informes muy exactos, color político, posición, si estuvo en Europa, si es indígena, si habla francés. (Firmar su nombramiento de chambelán sin preguntar a Mora, sino a Mangino.)

Con razón, pues, pedía Prim benevolencia para sus parientes. Seguramente la obtuvo, ya que Juárez guardaba de Prim un recuerdo grato e, incluso, se había servido del Conde de Reus para pregonar la causa de la justicia mexicana en diversas oportunidades y en el transcurso de la guerra. En el mismo archivo particular ya citado, existe una carta de Juárez a Prim, elocuente en este sentido, fechada el 20 de diciembre de 1863, o sea el mismo día en que el gobierno abandonaba San Luis Potosí. La carta dice:

Sr. General D. Juan Prim.

Muy señor mío y de mi atenta consideración.

El Sr. D. Jesús Terán pondrá en manos de V. la presente, le

hará una visita a mi nombre y le informará de la situación que guarda esta República. Suplico a V. se digne recibirlo y escucharlo, en el concepto de que, siendo hombre honrado y severo en el modo de juzgar las cosas y los hombres de este país, dirá a V. la verdad en sus informes.

Sé que es V. un amigo sincero de mi patria, que se interesa en su suerte y que más de una vez ha hecho V. valer su influencia y su palabra contra las exageradas pretensiones que se han formulado contra ella. Los mexicanos conocemos este servicio de V. a la justicia que nos asiste, y por él puede V. estar seguro de que ocupa un lugar distinguido en nuestra gratitud.

De la bondad de V. espero que seguirá abogando por la justa causa que defendemos, y que con su acostumbrada benevolencia recibirá esta carta que se ha tomado la libertad de dirigirle su muy atento y seguro servidor Q. B. S. M.

Benito Juárez.

Esta carta estuvo en poder de Prim dos meses después de su fecha; no tardó en venir a México la respuesta, escrita en un tono que debía reafirmar en Juárez su agradecimiento al Conde de Reus, juntamente con la alegría de ver a un aliado constante de la causa tan azarosamente defendida en México. La carta de Prim expresaba:

Excmo. Sr. D. Benito Juárez.

Mi muy respetable Sr. Presidente:

El Sr. D. Jesús Terán me remite desde Cádiz la carta que tuvo V. la dignación de entregarle para mí, la cual me es sumamente grata por las benévolas palabras que ella contiene, como la tengo por altamente honorífica por la confianza que ella me dispensa.

Mis simpatías hacia ese noble país son inalterables, como lo son mis sentimientos de afecto hacia los hombres que con tanta abnegación, valentía y patriotismo defienden su independencia y libertad.

El Sr. Terán llegará en breve a Madrid, y como hoy lo digo, me tendrá a su disposición en todo y para todo lo que pueda ser útil a ese país y a sus bizarros defensores.

Queda de V. con distinguida consideración su muy afectuoso servidor Q. B. S. M.

El Conde de Reus.

Hoy sabemos por don Arturo Pani, de la familia Terán, que Prim, entre otras gestiones, fue intermediario con el embajador de Prusia a fin de hacer llegar, como desesperado

recurso, una memoria a Maximiliano sobre la verdadera situación de México.

Es de pensar, pues, que con la victoria de Juárez, los bienes de Francisca Agüero no sufrieron ningún perjuicio.

FRANCISCA VIVIÓ EN PARÍS la revolución triunfante de 1868, que arrojaba a su comadre Isabel del trono, mientras su marido, alma y fuerza de la revolución, recorría triunfante la "España con honra", para usar la terminología de la época. Después, ya en Madrid, en el ministerio de Buenavista, quizá extrañaría Francisca Agüero la vida de Bruselas, de París, de Londres, en la que, en los períodos de calma, jugaba a los naipes con su marido y otros refugiados, con la particularidad infantil de ganar y no perder, ya que cuando la suerte la favorecía retenía para sí, y cuando le era adversa pagaba el marido, detalle que sabemos por una de las cartas de Prim, a quien hacía gracia el proceder de su esposa. Añoraría también sus cotidianos paseos en coche, con sus hijos y con el general, la mayor parte de las veces absorto en un proyecto que había de parecer quimérico a Francisca. El palacio de Buenavista, ministerio de la Guerra, residencia magnífica que había pertenecido a Godoy y que Prim restauró en ansias europeizantes, le parecería a la Condesa de Reus una prisión, sin nada del cálido hogar con el que había soñado inútilmente desde su enlace: hasta sus habitaciones privadas llegaba el ajeteo de la política, que mantenía a Prim, como él mismo expresaba, "desde las siete de la mañana hasta las quince horas... en escena"; y cuando la adulación rastreaba a sus pies, se enojaba y hubiera cambiado aquella incómoda impresión por la zozobra de su vida errante de otros años.

La idea que Francisca tiene de su esposo nos la da un poco el incidente que tuvo con el pintor Regnault. Éste pintó un cuadro magnífico del general, un cuadro en el que hay mucho de Ingres y en el que alcanzó una expresión exacta de la vida de Prim; pero a Francisca no le gustó la tela. "El general no va nunca despeinado", afirmaba en el taller del pintor; además, el saludo simbólico de Prim a la libertad, deteniendo el caballo, le parecía un poco teatral (como es en efecto). Obstáculo máximo fueron las figuras secundarias,

en las que el pintor representa al bajo pueblo revolucionario en una interpretación casi podríamos decir goyesca. Hay que tener en cuenta que Prim era ya un estadista y en el cuadro se le ve exclusivamente guerrero, asaltando el poder. ¿A Francisca le gustaría más el insustancial cuadro de Esquivel, con un Prim montado en caballo blanco, inexpresivo y majestuoso? Es probable, porque el de Esquivel está en Madrid y el de Regnault en el Museo del Louvre. El pintor francés también había de morir trágicamente a menos de un año de distancia de Prim, herido por una bala prusiana, y no pudo saborear el éxito de su cuadro, cada día más estimado después de la sensación que había producido en el salón de 1869. Toda la fantasía de Regnault, su vigor y nobleza del dibujo y un acierto en el colorido, en él pocas veces conseguido, están en el retrato de Prim, en el que el pintor puso su alma, entusiasta como fue de la revolución de 1868. ¡Qué lástima que este cuadro se fuera de España, echado por el mismo Prim y su esposa con un gesto que no merecían el autor ni la obra! Así continuó su figura el destino de exilado, pero quién sabe si fue mejor. En España, años por venir, se pondrán en manos del populacho piquetas y espadas que servirán por igual, y en singular competencia, para derrocar y rasgar.

La política asusta a Francisca y, aunque se declara vencida en sus proyectos caseros, insta a su marido para que vaya a Francia a reponerse con las milagrosas aguas de Vichy; entonces lo acompaña ilusionada, con sus hijos, que hacen las delicias de doña Antonia. Pero ni en Francia alcanzará el sosiego deseado. Napoleón III roba muchas horas a la calma que Francisca ambiciona, planteando a Prim el punto de vista francés sobre el futuro rey de España. Menudean entrevistas y visitas sobre el proyecto en que Prim se ha metido, y con el que piensa rematar la revolución de 1868. ¿Cómo hablará doña Antonia a su hija? ¿Se habrá calmado su recelo, ahora que el yerno es el amo de España? Todo hace pensar que compartía la inquietud de la hija.

España era un hervidero de pasiones, y a doña Antonia, dentro de su limitación política, se le debía presentar la figura de Santa-Anna como paralelo. No; aquello era un delirio sin grandeza, un temor sin gloria, y el destronamiento de

Isabel casi un regicidio. Ella debió mantener su protesta muda, porque no la vemos por España con el yerno omnipotente. De haber ido, sus temores se hubieran multiplicado. En las despedidas de doña Antonia a su hija debía haber siempre el temor de lo irreparable, y así fue un día a pesar de la confianza de Prim y de su temeraria sonrisa ante los sobresaltos familiares.

Hay una disculpa para Francisca en este aspecto de indiferencia hacia España y hacia su política, en esta impresión de engorro que en su ánimo despierta el batallar del esposo. Francisca es mexicana y lleva la patria muy adentro; la emoción de su recuerdo es demasiado viva para ser compartida por la inquietud de un presente, extraño a su manera de ser y de sentir. Su México la arrebató en añoranzas idealizadas por el imposible poético; entonces viste a su hijo de charro mexicano con su sarape al hombro y su sombrero galoneado, y a Isabelita de china poblana. Los hace fotografiar y manda copias de estos retratos a México como testimonio de fidelidad, y a sus amigos de Barcelona y de Reus con la tristeza íntima y secreta de no haber sido Juanito e Isabelita —como los llama siempre— alma y carne en su paisaje mexicano. Estos retratos son los únicos que conocemos de los hijos de Prim, niños.

¿QUÉ INFLUENCIA TUVO Francisca en la vida de Prim? En el aspecto político —ya lo hemos visto—, ninguna; en el íntimo, bastante. Hay además, aunque éste sea un detalle de forma, una decisiva influencia de Francisca en su sintaxis. Prim, catalán, habló siempre en catalán hasta ya muy entrada su juventud, que es cuando tomó contacto con hombres de tierras de habla castellana; su léxico castellano es limitadísimo, y basta leer sus discursos parlamentarios para cerciorarse de ello. Hay además en Prim otro obstáculo, y es el esfuerzo constante por aprender y hablar correctamente el francés, cosa excepcional en los políticos españoles de aquel tiempo, incluso en embajadores, como nos dice el Marqués de Villaurrutia, recordando al Duque de la Torre en la embajada de París, cuando el Marqués era primer secretario. Los mismos hijos de Prim, cuando niños, hablan más francés que castellano, según

nos revelan las cartas de Francisca, y el General tiene siempre la precaución de utilizar criados franceses, dos de los cuales lo acompañan a Veracruz y se le mueren del vómito. Es natural, pues, que hablando francés y pensando en catalán, a Prim le falte el casticismo lingüístico de Castilla y en cambio se le vayan pegando formas mexicanas, escuchadas de su esposa. Una de ellas, para citar tan sólo un ejemplo, recogido con acierto por Olivar i Bertrand, está en una carta a Eugenio Gaminde, en la cual hace de *ustedes* el plural de *tú*, en lugar de *vosotros*, como exige el uso castellano.

¿Qué más representa Francisca en la vida de Prim? Creo que muy poco más, por las razones ya dichas y por lo asustadizo de su temperamento ante cualquier hecho político. Cuando Amadeo está a punto de llegar a España, cree ella ingenuamente —detalle que nos evidencia su cortedad política— que con aquel acontecimiento cesarán los partidos. A excepción de alguna que otra actitud ante su marido y hacia algún recomendado, especialmente de Delfina Mier, de origen mexicano y esposa del general Gaminde, no conocemos otra intervención. Es, pues, antítesis de la Duquesa de la Torre, esposa del general Serrano, activa en demasía en todos los asuntos, así particulares como políticos del Duque, azorado siempre ante las posibles reacciones de la esposa entrometida.

LA INQUIETUD de Francisca por la suerte de su marido tiene al fin justificativo en la noche del 27 de diciembre de 1870, en la calle del Turco. Tan recelosa está, que al oír los trabucos alcanza la impresión exacta y precisa del atentado. Es para ella la confirmación de todos sus temores hilvanados desde la época lejana en que el Conde de Reus la solicitaba en amores. Había al fin acertado: el 30 de diciembre de 1870 la sonrisa fue mueca y Francisca recibió el último suspiro del confiado General. Se había acabado la muerte lenta, y empezaba para Francisca la vida muerta de viuda.

Se ha dicho en estudios monográficos, en historias y en ensayos, a través de años, que cuando Amadeo I llegó a Madrid, al presentarse a dar el pésame a la Condesa de Reus y al oír ésta la promesa del Rey de no cejar hasta dar con los asesinos, contestó:

—Pues no tendrá V. M. que buscar mucho a su alrededor.

Alrededor de Amadeo había el gobierno, y se destacaba la figura del Duque de la Torre.

De estas palabras se han sacado argumentos para cimentar por años la fantasía de los que juegan con la credulidad de un público atizado por el aliciente del misterio. Hoy, no obstante, tales argumentos parecen dudosos. Francisca Agüero está demasiado alejada de la política para llegar a la sutileza acusadora que implica lo dicho. La frase es típicamente española, violenta y agresiva, y no tiene nada de esta delicadeza mexicana que todos conocemos segura, constante y firme en las terribles pruebas. Además, no parece creada por el ingenio femenino. La malquerencia al Duque de la Torre la propagó, mientras el desconocimiento de Francisca Agüero coadyuvaba a su afortunada suerte. Yo, mientras no haya una razón más fuerte que el *relata refero*, la rectifico.

La corona de Amadeo cayó también herida de muerte en la calle del Turco, aunque la agonía resultó mucho más lenta. La realeza se apresuró a mostrarse agradecida y, por si acaso pudiera servir de bálsamo a la herida, se le confirió a Francisca Agüero el título de Duquesa de Prim y el rey Amadeo presidió los funerales del caudillo que había muerto en aras de la nueva dinastía. El curso de la historia de España se había torcido.

El reconocimiento de las Cortes ante la obra de Prim precedió al gesto de Amadeo de Saboya. Ante ellas Segismundo Moret solicitaba la protección nacional para Francisca Agüero y los dos hijos del matrimonio.

Francisca, aturdida por el acontecimiento, ve pasar los primeros tiempos de su viudez entre pésames y alimentando recuerdos que se van apagando poco a poco. Ella misma, retraída por temperamento, no da un paso para manifestarse ante la aristocracia o en la Corte, pero a pesar suyo ha de representar su papel de viuda del Caudillo: al nacer el infante don Luis, hijo de Amadeo y de su esposa María Victoria, Francisca Agüero actúa de camarera mayor en el acto de presentación a la Corte del vástago real, el 31 de enero de 1872.

Cuando desaparece Amadeo, se olvida a la Duquesa de Prim en un escenario nuevo, republicano y, por lo mismo,

hostil a todo lo que Prim había representado. Silenciosamente, sin gestos de protesta, sin resentimientos para con los motivos de aquel olvido prematuro, se traslada la viuda a Francia, donde vive con sus hijos, en Anglet, distrito consular de Bayona. ¿Hasta cuándo? No lo sé. Pierdo en absoluto, desde este momento (1873), cualquier detalle de su vida. Las cartas a Cataluña en demanda de información, han sido contestadas sin dar referencia alguna. Las personas consultadas se han preguntado, asimismo, el destino de la Duquesa de Prim. Tan sólo un especialista ochocentista, el catedrático de la Universidad de Madrid, Olivar i Bertrand, respondía que había inquirido sobre el particular y, por noticias vagas, sospechaba que había muerto en Francia con las facultades mentales perturbadas. Quizá alguien en México conozca el desenlace de aquella vida consagrada, en su mayor parte, a un genio político español que supo estimar a México en uno de los momentos más difíciles de su historia contemporánea.